

das de influencias contemporáneas. Aplicándolo todo al carácter intemporal, y por lo tanto eterno, de la obra de Cervantes, de la que dice Caballero Calderón: «La obra genial, como este abrevadero de generaciones que es el *Quijote*, se distingue porque es «siempre contemporánea». No pertenece a una edad especial en que fué escrita o concebida, sino que sobrevive a todas las pasadas y presentes, y permanece mientras los tiempos se abisman en la nada.»

Situado así el valor del *Quijote*, Caballero Calderón lo define, y su intuición en este punto muestra la altura de su sentido crítico, como «un libro que anda» y como «un libro que habla». Nunca nada mejor se dijera de este libro. En verdad, jamás hay quietud en las páginas del *Quijote*, ni nunca sus gentes dejan de hablar. Para Caballero Calderón, éste es el reflejo de la verdad de España en el «espejo a lo largo de un camino» —como dijera Sthenald—, que es, en realidad, toda la estructura del *Quijote*. Pero estas gentes que van y vienen, que se afanan y charlan, no son cotorras nerviosas, sino que responden al alto fin que ellas mismas se habían trazado, y que obligan al propio Cervantes a continuar escribiendo después del capítulo VI, porque la personalidad del buen caballero había cobrado corporeidad, se había desprendido de las páginas de la edición y andaba ya suelta por el mundo, reclamando aquel «sabio» que contara sus aventuras.

Baste lo dicho para que tengamos ya una idea del valor de hito que en la literatura cervantista tiene el *Breviario del Quijote*, de Caballero Calderón, al que, a fuer de hispanos, debemos decir laconicamente, cuando hemos doblado la última página de su libro, libro que se degusta como solera vieja: ¡*Mil gracias, hermano!*

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

NOTAS DE UNA VIDA (1912-1931),

por el CONDE DE ROMANONES
Editorial Espasa Calpe.-Madrid, 1947.

Después de un larguísimo silencio, el Conde de Romanones ha vuelto a tomar la pluma para escribir sus interrumpidas Memorias. En dos volúmenes de rico papel nos había contado el Conde, con su sencillez habitual y esa gracia alegre que no puede despren-

derse de él, los años de su infancia y juventud. Años de sonrisas y de esperanzas ante un horizonte que se prometía —y así Dios ha querido que lo sea— brillante. Pero volvamos al libro presente y dejemos dormir en sus estantes aquellos dos tomos, a los que ahora, con éste, quiere el Conde poner fin a su recuerdos. Y aunque esto sea una digresión dentro de la crítica del presente libro, pasemos con todo respeto a decir a su autor cómo no puede ni debe hacerlo, ya que si escribió sobre su vivir puramente ministerial y parlamentario, le queda por hacerlo de sus recuerdos diplomáticos, sociales, artísticos, de todos esos sucesos que en estos terrenos él vivió, y de los que tanto tiene aún que decirnos. Con ello sus lectores, que son muchos, gozaremos de unas horas más de grata lectura, y la historia íntima de la diplomacia, la vida social y el arte español no quedarán por ello vacíos de hechos de capital importancia, de los cuales fué el Conde, cuando no protagonista, sí al menos testigo de gran excepción.

Y cumplida la transgresión, volvamos a este tomo que abarca la historia de diecinueve años. Pocos, muy pocos realmente, pero tan cuajados de hechos, tan cargados de graves sucesos, que se nos antojan como un siglo en que el mundo cambiara sus concepciones de todos los órdenes de la vida.

Con la minuciosidad y el rigor histórico que el protagonista imprime a sus Memorias —y el autor de este libro lo ha sido en alto grado—, el Conde de Romanones ha dejado aquellos hechos que se suceden de 1912 a 1931 en su esqueleto; así, sus lectores se enteran hoy en toda su verdad de lo que oyeron en una tertulia familiar o amiga dedicada a la evocación, de lo que leyeron en una mañana lejana y tranquila, en un diario conservador o liberal, que, con muchas páginas, costaba tan sólo una moneda de cinco o diez céntimos. Se enteran de las crisis por dentro y no relatadas en prosa de gacetilla y con las palabras, con más o menos pasión, de los que salían del despacho del Presidente del Consejo, o los que bajaban de la Cámara regia.

Es un libro éste de entretelares, pero sin picardía, sin escándalo ni mala intención; el libro noble de un caballero de generoso corazón que sirvió a España en la política con el mejor tesón y el mayor sacrificio.

Del período, ya histórico, que corre de 1912 a 1931 son muchas las páginas escritas hasta el momento presente. Páginas de textos poco fieles con respecto a la realidad, y a veces con dema-

siada pasión, aunque con fidelidad. Libros, monografías y folletos, a los que viene a sumarse este tomo, que es visión acertadísima de los tiempos pasados, de días que se añoran.

Es un cuadro histórico con vida real éste que Romanones deja a la posteridad; un cuadro de rico colorido, con perfiles acabados y retratos tan exactos como los que su contemporáneo Franzen lograba en su estudio lujosísimo de la calle de Sevilla. Guarda todo esto el libro, henchido de espíritu liberal del Conde de Romanones; pero sobre aquello que es necesario a todas las Memorias, tiene una noble, encendida, viril defensa de lo que siempre fueron sus ideales de libertad y de amor a España. Esas dos grandes y nobles, supremas cosas que hemos de mantener todos como una bandera, a la que ningún viento puede abatir; bandera desplegada que nada puede hacer caer. Amores en su grandeza, y que son nuestro tesoro más preciado y nuestro orgullo más fuerte.

JUAN SAMPELAYO

HERNAN CORTES: Estampas de su vida.

Prólogo y selección de SANTIAGO
MAGARIÑOS. Instituto de Cultura
Hispánica. 1947.

Como homenaje a Hernán Cortés en el IV Centenario de su muerte, el Instituto de Cultura Hispánica ha editado este libro, en el que Santiago Magariños ha vertebrado, ágil y sabiamente, las distintas etapas de la vida del Conquistador español, recogidas de los varios cronistas que de él se ocuparon, logrando dar, pese a la diversidad de plumas, una homogénea visión de conjunto sobre tan interesante figura y sobre el escenario en que su espléndida actividad se desarrolló. El mérito de esta selección radica, aparte el prólogo, que merece comentario especial, en la habilidad, que sólo un ingeniero bien dotado puede realizar, de tejer, con tan distintos elementos y estilos, una biografía que une a un añejo sabor lingüístico un dinamismo y agilidad «a la moderna», siempre «dentro de una variedad y brevedad científicamente seria», como anuncia la nota anteproyecto de dicho libro.

La figura de Hernán Cortés, en la trayectoria de su azarosa vida, que va desde su nacimiento hasta su muerte, adquiere en este li-

bro, a través del lenguaje diverso de los diversos cronistas —siempre el castellano de la época, ora más pulido, ora más desaliñado—, nuevas calidades humanas, y el panorama histórico de esa época se nos muestra en toda su autenticidad.

El genio militar y político de Cortés, así como su espíritu religioso, tan en consonancia con el sentir tradicional de la vieja Monarquía española, preocupada desde el primer instante de la Conquista en la evangelización de las nuevas tierras descubiertas, se refleja en este libro, verdadero documento contemporáneo, con tanta sinceridad y clara emoción, que hace estéril la desvirtuación que a veces plumas mal informadas o históricamente parciales han querido hacer de la recia humanidad del Conquistador, tan cuajada de virtudes, y cuyos defectos, que como todo ser humano los tuvo, no han logrado disminuir la proyección que a través del tiempo irradia su persona, cuya vida no tuvo otra ambición que la de ganar almas y servir lealmente a su natural señor, que por voluntad de Dios encarnaba la representación de la Patria.

En el prólogo, docto y ameno, nos ofrece Santiago Magariños un acabado parangón entre Hernán Cortés, flor y espejo de los conquistadores españoles, y el Hidalgo manchego, símbolo del ideal hispánico.

En este año pasado se han celebrado en España dos efemérides centenarias: una cervantina y otra cortesiana, y el tiempo juntó en la devoción y recuerdo de los españoles estas dos egregias figuras que compendian las virtudes nobles de nuestro pueblo.

El Hidalgo de la Mancha y el Hidalgo de Medellín, aunque con destinos dispares, poseen características casi idénticas, como nos muestra Magariños, quien, acertadamente, llama a Cortés nuestro Quijote americano.

El sentimiento religioso, el sentido político y la disciplina militar son los pilares, de genuina tradición española, que Cortés trasplanta al Nuevo Mundo, llevando a cabo la obra colonizadora más justa y de mayor humanidad que vieran los siglos.

Intercaladas en esta cuidada selección, se encuentran una selección de láminas, espléndidamente reproducidas, que avaloran la publicación.

En el último capítulo, dedicado al pensamiento moderno sobre Hernán Cortés, se recogen juicios de Pereyra, Obregón, Vasconcelos, Madariaga, Orozco y Berza, Valle-Arizpe, Solana, Junco, Ma-

cías y Babelón sobre la gestión y personalidad del Conquistador de Méjico.

Se insertan al final de la obra dos apéndices: uno sobre la obra de Hernán Cortés (títulos y ediciones), y otro con una sucinta bibliografía sobre esta figura.

Ha sido un acierto del Instituto de Cultura Hispánica publicar este libro, que, bajo la dirección inteligente de Santiago Magariños, nos da a conocer aspectos tan variados de la vida de Hernán Cortés, y en el que merece destacarse también el esmero que se ha tenido en lo que a la parte tipográfica se refiere.

J. R. DE A.

RUMBOS OCEANICOS. LOS NAVEGANTES HISPANOS,

por JAIME VICENS VIVES. (Premio Nacional Virgen del Carmen).-Editorial Barna, S. A.-Barcelona 1.946.-386 págs

En 1942 escribía Jaime Vicéns que «la historia apasionada puede y debe tener sus defensores; pero, desde luego, sus resultados son deficitarios» (1). Nos parece atinada la reflexión. Cuando se escribe la historia debe componerse el autor su propio estado de ánimo, distinto de la pasión y del desapasionamiento. Ni la historia fría, anémica, ni la apasionada que exagera son buenas. Interesa una historia que fomente; esto es, que dé calor, pero que no desorbite. Situada en el ortodoxo término medio, padre de éxitos. Y si el libro sale a la luz «por pura voluntad de vencer un nuevo escollo y de devolver a la historiografía la faceta de *apasionante* amenidad que pierde» (2), entonces, el cuidado ha de redoblar; no vaya a ser que aquel peligro que se afronta con ánimo resuelto y esforzado, sólo porque sí, dé en tierra con nuestro propósito.

Vicéns Vives, al escribir *Rumbos oceánicos*, no siempre tuvo en cuenta esas, a nuestro entender, atinadas razones. Lo romántico—adjetivo, creo, exacto—del propósito, exigía puntualísimo cuidado. La publicación se destinaba al gran público; creo entender se pretendía hacer una obra de divulgación histórica en la que a la amenidad de la narración fuera unido un rigor histórico absoluto.

92

(1) *Historia General Moderna*.—Barcelona, 1942, pág. 7.

(2) *Rumbos oceánicos*, pág. 2.

Ello es harto difícil, y quien en tal empresa vence, digno es de ser alabado. Y si Jaime Vicéns no lo consigue plénamente es por no haber atendido con todo cuidado a su propia reflexión, que encabeza estas líneas. Vicéns dice que «prescinde de su absoluta neutralidad de otras obras» (3); es decir, hace historia desde un punto de vista muy subjetivo. Hasta aquí, la pretensión, a más de esforzada, es loable. Pero como no es fácil distinguir el subjetivismo del apasionamiento, resulta que lo que aquél vigoriza, éste desorbita. Y sin poner en duda el absoluto rigor histórico del esquema del libro, su redacción está a punto de convertirle en una historia novelada; en ese tipo de composición histórica que el ilustre catedrático de Zaragoza ha fustigado tanto en sus anteriores escritos. Es ciertamente bien distinto nuestro autor cuando escribe la *Historia de los remensas en el siglo XVI*—para nosotros su obra cumbre—que cuando redacta este libro sobre los navegantes hispanos. Ese nos parece su único punto flaco en una obra cuyo mérito indiscutible ha venido a testimoniar el «Premio Nacional Virgen del Carmen 1947», con que ha sido galardonado.

La obra en conjunto resuelve el problema de dar solidez unitaria a toda una serie de veintisiete biografías de navegantes hispanos. El autor atina con el sentir común de la naciente Hispanidad; sentir que anidaba en el corazón de los héroes de los tres océanos cuando el mundo se iba haciendo redondo. Y ese sentir, o llama, o llamada, que también lo misional cuenta en la obra, vincula a todos, y a todos aglutina y aúna en el común esfuerzo de muchas empresas de una sola causa: servir a Dios y a España.

En la trama de su composición ha triunfado plenamente Jaime Vicéns; tan sólo esa primera página literaria que precede a cada episodio de la única gesta desmerece un tanto. Porque es ella la que da el tinte apasionado, novelesco, a la narración. Ese hablar en presente; esos diálogos, veraces, sí, históricamente, pero artificiosos, hacen a la obra susceptible de crítica adversa si el lector, desavisadamente, no tiene en cuenta los objetivos méritos del conjunto y la advertencia del autor en el prólogo.

La obra se compone de tres partes. En la primera se estudian los comienzos de la navegación hispana, que es la navegación de altura. Los conocimientos náuticos del autor salvan fácilmente el escollo del tecnicismo marítimo. Únicamente cuando afirma que

(3) Idem *id.* *id.*



las históricas carabelas colombinas eran del tipo de las usadas por los portugueses en la carrera de las Indias, emite un juicio revisable.

Una segunda parte central, la mayor en contenido y en extensión, representa el núcleo medular de este libro: «La navegación hispana en el siglo XVI». En ella se relatan la vida y hazañas de veintisiete marinos. Solamente los viajes mayores, en que comprende a Colón y los Pinzones, ocupan un total de 45 páginas. La parte dedicada a los pilotos célebres de los que llama viajes menores, nos presenta las figuras de Alonso de Ojeda, Vespuccio, Niño, Pinzón y Lepe; Vicente Yáñez, Juan de la Cosa, Grijalva, Hernández de Córdoba y Alaminos; Núñez de Balboa, Solís y Caboto... Todas estas figuras y algunas más quedan dibujadas con mayor o menor perfección en este libro. La de Colón, aunque ocupa ella sola la quinta parte del conjunto de la obra, no queda enteramente perfilada. Sus orígenes, que importan menos, merecen, sí, cierta atención. Sus viajes postreros, casi ninguna. Igualmente la de Martín Alonso, ese marino de tan acusada personalidad, se nos desdibuja; se diluye en el fárrago de frases y aun de ideas. Contrastan con la de Solís, por ejemplo, y con la de Juan de la Cosa, tan bien hechas, tan atinadas, a pesar de lo poco que se insiste en la capacidad cartográfica de este último. Pero en todas se ven aciertos magníficos, atisbos singulares, facetas desconocidas. Aun para el versado en ciencias históricas serán útiles estos capítulos, donde se enfocan desde nuevos ángulos viejas figuras. Ellas resultan así novedosas y vivificadas, para gracia de la historia y honor de quien las retrata.

Al mismo tiempo se hacen aseveraciones importantes, y algunas tan atrevidas como la negación de que existiera la famosa Conferencia colombina de Salamanca (4). En otra ocasión (pág. 60) nos habla del «genio natural» de los ingleses para navegar. Sabido es que la navegación, como genio, es latina; los ingleses son navegantes por necesidad. Ellos nada intuyeron; sólo la realidad, con su dura presencia, les impulsó coactivamente al océano. En otra parte (pág. 166) aprendemos que sin Grijalva, Cortés no hubiera alcanzado jamás la cumbre heroica de su destino. Es lástima que el Marqués del Valle de Oaxaca no fuera marino para, de esa manera, tener cabida en estas páginas; pero parece obvio que la em-

(4) *Rumbos oceánicos*, pág. 63.

presa cortesiana se generó de espaldas al mar, cuando el fabuloso incendio naval le enfrentó despiadadamente con la Nueva España.

Los viajes de circunvalación al mundo, y sobre todo los descubrimientos en Oceanía, son original y singularmente relatados. Perfecta la descripción del periplo de Magallanes y Elcano, que debió enlazarse, al tratar de Filipinas, con Legazpi, sobre el cual se pasa como sobre ascuas. Es magnífico el relato de Mendaña, que destaca entre todos los demás navegantes del Pacífico. Quizá en las últimas navegaciones de descubrimiento, las de Quirós y Torres, por ejemplo, es donde se advierta una mayor laxitud. Principalmente Torres merecía mayor extensión. Ese estrecho de su nombre, sobre el que tanto se ha escrito fuera de España, de tan vital importancia, con la Nueva Guinea a estribor y la buscada Australia a babor, requería más páginas y más pasión. Ahí sí pudo excederse el autor en fomentar.

Por último, otros capítulos menos importantes y no menos anecdóticos componen la obra: «El ocaso de los mitos oceánicos», «La flota de plata» y «La lucha contra filibusteros y bucaneros del Caribe». En cuanto a los mitos, el autor debió tener más presente la magnífica monografía titulada *Los mitos en la Historia*, donde se estudia casi exhaustivamente esta materia. Ello hubiera dado consistencia a tal capítulo, en que «Eldorado» se ve con poca claridad. Con tan poca como excesiva se ve en el relato de Colón; por un alarde de integridad histórica, no deben forzarse ideales muy altos. El oro de América merece trato especial, delicado y muy ponderado; tengamos siempre presente el daño que historiadores bien intencionados, desde Las Casas acá, han hecho a España con asertos poco prudentes. Y en la historia de bucaneros y filibusteros se omiten, con delicada deferencia, muchos aspectos de la protección real inglesa a la piratería del XVII y XVIII. El rigor histórico de algunas partes no excluye, antes exige, el de otras.

Esa es, o nos parece, la realidad de *Rumbos oceánicos*. Una obra que se ajusta más al título que al subtítulo. Porque el autor ha sabido señalar el rumbo de todos «los navegantes hispanos» que más detalladamente nos retrata. Una obra necesaria, que no excluye la posibilidad de nuevos intentos, porque viene a completar la bibliografía marítima de la Hispanidad. Muy buenas ilustraciones en negro, algunas inéditas, y varios grabados de cartas marinas con las rutas de los navegantes valoran este libro, editado por Barna, S. A. Y en este aspecto material es donde no se pueden

regatear adjetivos. Ante todo, el libro es elegante; más sin sobrecubierta que con ella. Casi puritana la portada, pero de gran belleza. Un papel desusado por lo bueno. Una encuadernación fina y realmente sólida, que recuerda otros tiempos. En fin, una inmejorable presentación, que constituye un éxito más para esta editorial barcelonesa.

José MANUEL ALONSO

